Orígenes del Humanismo en México

MARIANO CUEVAS, S. J.

Orígenes del Humanismo en México

Discurso pronunciado por su autor la noche del 21 de Junio de 1933 en el Acto de su recepción como individuo de Número en la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española.

CONTESTACION DEL ACADEMICO
DOCTOR D. EZEQUIEL A. CHAVEZ

México, D. F. 1933
Escuela Tipográfica Salesiana

Señor Director,

Señores Académicos,

Señoras y Señores:

Con sincera alegría, con íntima gratitud acudo a esta solemne sesión en la que se me constituye Socio de Número de la benemérita Academia Correspondiente de la Española, la misma que, atendiendo a su noble y secular origen solíamos llamar la "Real Academia Española", la que LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR a nuestro idioma nacional la señorial armoniosa lengua castellana, en buena hora heredada desde los tiempos de Don Fernando y Doña Isabel.

A mucha honra, señores Académicos y notad que en este mi caso, vuestra benevolencia lleva un sello de particular hidalguía: sabéis que admitís entre vosotros a un hombre sin poderes ni valimientos humanos, a un historiador sin más trabas ni respetos que los de la verdad y que, por lo tanto, tiene que tener muchos enemigos; recibís a un escritor que con cada libro o artículo levanta en torno suyo una tormenta, más o menos des-

preciable, pero al fin tormenta. Por todo esto yo tengo que agradecer doblemente el honor que ahora me dispensáis.

Me responderéis que la Academia atiende tan sólo al mérito literario. Para mí que me conozco, esta no es respuesta satisfactoria. ¿Cuáles son mis méritos literarios? Bien es verdad que allá en mis ya remotas juventudes me dediqué a perpetrar versos y más versos, confieso así mismo que soy reo de ciertas piezas líricas y dramáticas, que enseñé algo de bellas letras en mi amable Saltillo y mi bendecida Angelópolis; pero es muy difícil que de todas esas insignificancias se haya tenido noticia y más aún, que de ellas hubieseis hecho caudal para llamarme a la Real Academia.

Algo semejante respondía hace diez años, cuando en Comisión por parte vuestra fueron a invitarme mis dos buenos y nunca bien llorados amigos D. Victoriano Salado Alvarez y D. Manuel Puga y Acal. Ellos entonces me atajaron, diciendo que la Academia lo que esta vez quería era un historiador. Si es así, ese juicio de la Academia sostenido hasta el presente momento, es un premio a la veracidad y al trabajo más que a mi humilde persona. En tal hipótesis, acepté gustoso, gustoso me vi entre vosotros en las múltiples sesiones a que he acudido, gustoso pensaba yo allá en mis destierros y soledades en vuestras labores, en las luces que me dábais, en el amigable intercambio de nuestras ideas para provecho de la Academia y de la sociedad, y si de nuevo los azares de la vida vuelven a arrancarme de mi patria, esta Academia y su distinguido personal seguirán siempre siendo para mí, y ahora más que antes, el recuerdo más característico de mi Patria, y el consuelo y el apoyo que significan los amigos fieles y sinceros.

* * *

La silla que voy a ocupar es la que tan dignamente ocupara mi inmediato antecesor en ella el Académico D. Antonio de la Peña y Reyes. Menciono su nombre con todo honor y respeto, no tan sólo porque así lo requiere con gran acierto nuestro Reglamento, sino porque así me lo pide el corazón.

Peña y Reyes, "Peñita" como cariñosamente le llamaba todo el mundo intelectual de México, era mi amigo desde nuestras juventudes, procedía de familia distinguida y apreciadísima en nuestra capital, era hijo de D. Rafael Angel de la Peña, Socio Fundador y Secretario por largos años de esta Academia, honra de ella, honra de nuestra Patria y podemos decir también honra de la América Latina y de la misma lengua de Castilla. Ponderar aquí los méritos de D. Rafael Angel de la Peña, sería ocioso ante vosotros los académicos y el ilustrado público que me escucha. Recuérdolos para que irradien sobre la memoria de su hijo y por otra parte, porque es menester que dejemos bien asentado que los méritos del padre no fueron la causa para la admisión en la Academia, de Antonio de la Peña. Las sillas en esta Academia no se reciben por dinastías ni padrinazgos sino por los propios y comprobados méritos literarios. Los de Antonio de la Peña fueron indiscutibles: era un hablista de exquisita cultura. Con orientaciones de perfecta corrección gramatical recibidas, esas sí, por herencia y cultivo especial desde su infancia. Peña en todos sus escritos es un purista a natura. No he dado en ninguna de sus páginas con vocablo impropio ni mal aplicado, ni con neologismos vedados, ni con la manía de lo arcaico, moderno recurso de los renegados de Castilla, nuestra patria literaria. Si de sus vocablos pasamos a sus frases, éstas son llenas, bien redondea-

das, tersas, sin los pedregosos incisos que él esquiva y suple diestramente con adjetivos ricos y verbos intensificados.

Obras de mi predecesor fueron las siguientes: "Algunos Poetas". Ensayos de Crítica. México, 1889. "Muertos y Vivos". Lista de artículos sobre personajes de renombre. México, 1896. "Artículos y Discursos". Con Prólogo de D. Victoriano Salado Alvarez. México, 1903. "Antología Moral". México, 1912.

Sus ensayos de Crítica que giran en torno de las obras de Roa Bárcena, Pagaza, Gutiérrez Nájera y varios poetas juveniles, acertada y nueva, es además galana y lleva la fragancia de la mocedad.

Más extensión se desearía sobre algunos de sus poetas juveniles, verbigracia del entonces (como ahora) juvenil D. Ezequiel A. Chávez. De él nos dice: "Epico en el género en que ensaya este vate sus facultades poéticas. Fecundo por demás, Chávez ha consagrado patrióticos e innumerables cantos a los grandes Caudillos de la Patria".

En "Muertos y Vivos", su estilo se va robusteciendo y virilizando. No pinta caracteres, los esculpe según su criterio. Parecen sus páginas como dictadas al cincelador de las estatuas de sus biografiados.

El tomito de sus "Artículos y Discursos", es una paleta con muchos colores, oscuros unos, más claros otros, pero siempre obras perfectas tocante a su estilo y lenguaje. Los que ostenta en este volumen fueran, a falta de otros, méritos suficientes para un distinguido puesto en la Academia.

Otro tanto pudiéramos decir de su "Antología Moral", obra de divulgación, en buena parte precioso material para historia anecdótica de nuestro país.

Durante su destierro, Peñita comenzó un Diccionario Biográfico Mexicano, obra a nuestro juicio, de mucho más trabajo que las anteriormente recordadas. Ahí hay mucha lectura concentrada y no pocos datos nuevos en el campo de la historia. Pensaba llegar alfabéticamente desde la A hasta la misma Z, pero la muerte le sorprendió en mitad de su camino.

Son también de Peña ocho prólogos a las publicaciones documentales de la Secretaría de Relaciones. En estilo ya maduro aunque no cansado, grave como es de esperarse del historiógrafo; expresa su criterio respecto a los temas sobre que versan los documentos publicados.

Celebro tener que ceñirme al estilo y no al criterio histórico. Tocante a la supuesta bula de León XII yo lo critiqué y ataqué. Peña cayó como cayeron los más, en el error de tener por auténtica dicha bula, sólo Fr. Servando Mier en aquel entonces (1825) dijo en una de sus intuiciones o chispazos geniales: "esa bula es apócrifa". Cien años más tarde yo pude comprobarlo hasta la evidencia, como consta en mi malaventurado quinto tomo de la "Historia de la Iglesia en México".

Peña murió comparativamente joven. Era de figura apacible, de modales finísimos, cariñoso, benévolo. Ocupar su sillón de Académico es para mí una verdadera satisfacción.

* * *

Entro ya de lleno en mi tema: "ORIGENES DEL HUMANISMO EN MEXICO".

Difícil sobremanera era la situación moral de la Nueva España en 1550. Habíase ya explorado y traído de paz con más

de cien epopeyas, la mayor y mejor parte de nuestra Patria. Tremolaba el pendón de Castilla sobre siete reinos indígenas; los poderes políticos y civiles estaban, por lo menos legalmente, instalados; cruzaban la tierra por montes y ríos misioneros con almas de apóstoles y con todo el recio temple físico de los conquistadores, aunque con miras más puras y más altas; presidían sus sedes los cinco primitivos obispos; habíase proclamado para todas las Indias Occidentales un rey y una ley, las vetustas Siete Partidas del buen Rey Alfonso el Sabio; iban y venían de la Real Corona, a dos mil leguas de mar, cédulas regias y contracédulas, unas de "ruego y encargo", otras de "requiero y mando"; "so pena de ser habido por extraño de los nuestros reinos y señoríos", oficiales reales de todas categorías desembarcaban en la Villa Rica de la Vera-Cruz. Las dos Audiencias, los cabildos así eclesiásticos como seculares, el, aún embrionario, tribunal del Santo Oficio, tenían ya una red amplia y activa de alguaciles y corchetes, mas todo este conjunto, resultaba meras formalidades y todos estos esfuerzos parecían infantiles, en proporción a la gran obra de civilizar y llevar a términos la paz consolidada, el progreso y felicidad de tantas naciones indígenas, de lenguas, historia y tendencias diferentes, razas en su mayor parte desconocidas y abrumadoras por el número de habitantes; tanto que los primeros oidores, interrogados por Carlos V, respondieron (para precisar) que eran muy muchos "ansí como las arenas del mar u las estrellas del firmamento".

Y no era ciertamente el múltiple problema indígena en sí mismo, la mayor dificultad, no eran tampoco los conquistadores que propiamente tal nombre merecieron, sencillos labradores extremeños o marinos vascongados que llegaron a la postre a es-

tablecerse honrada y patriarcalmente con su numerosa familia criolla, con cariño a los indios conquistados y con facilidad para entenderse con ellos; no: la principal dificultad venía de las emigraciones subsiguientes a las de los conquistadores: una abigarrada muchedumbre de la hez de España que por razón de sus costumbres todo podían llamarse menos civilizadores. Entre ellos y la raza indígena hallábanse el conquistador antiguo, el criollo primitivo, analfabeto y bravío; el mestizo y diversas razas de negros africanos enhoramala traídos ya a nuestro suelo, y todos con pretensiones y tradiciones diversas, y a veces tan encontradas, que con razón eran llamados en conjunto por el buen D. Fray Juan de Zumárraga "La Babilonia de esta tierra".

Era entonces Sevilla, el emporio y corazón de España, ciudad populosísima, que llegó a pasar del millón, donde al lado de lo más noble y linajudo del reino, pululaba la turbamulta cosmopolita de comerciantes y aventureros, de judaizantes y mudéjares, y una infinidad de Rinconetes y Cortadillos, Monipodios, Tenorios y Gilblases, haraganes de profesión y granujas incorregibles.

Cuando a orillas del viejo Betis se tuvo noticia de la inmensa riqueza de la Nueva España, ni los oficiales reales, ni toda la real papelería de cédulas que decían restringir la emigración, bastaron a contener el aluvión humano que, por las buenas o por las malas, empezó desde entonces a desbordarse sobre nuestras playas para descanso, sin duda, de la vieja España; pero para más complicar la civilización de la Nueva.

"Es notorio, decía Hernán Cortés, que la más cantidad de la gente española que acá pasa, son de baja manera y suerte, viciosa de diversos vicios y pecados, que si a estos tales se les

diese libre licencia de andar por los pueblos de indios, ántes por nuestros pecados, se convertirían los indios a sus vicios que los atraerían los españoles a la virtud".

El sesudo oficial real, Rodrigo de Albornoz, escribía a Carlos V, "Como estas tierras están tan lejos de V. M. y muy tardos los remedios que en ella se hacen, crían muchos malos servidores, y todos ensanchamos la conciencia y algunos nunca piensan que V. M. se acordará de mandar el castigo y van a la desvergonzada contra su servicio".

"Hay gran cantidad de españoles, escribía D. Luis de Velasco, que no quiere servir ni trabajar, andan de ordinario a noche y mesón sin tener casa ni hacienda, ni más de lo que consigo traen, y de estos, los más son gente baja que han venido de España por no pechar ni servir y acá no quieren trabajar, ni tomar arado ni azada en mano por ningún precio ni pena, ni aderezar un caballo porque se les dé".

El enérgico Fray Miguel Navarro escribía ya bien entrado el siglo: "Fuera de unos poquitos, todo el resto de este nuevo mundo agora sean mercaderes, agora sean pobladores, agora vagabundos que hay hartos, agora conquistadores, corregidores y otras justicias, todos van a banderas desplegadas tras el más haber y el más adquirir y todos van encadenados como arcaduces de ruedas de noria y son semejantes a ellos, porque no pocos, después que se ven llenos se hallan vacíos. Y los corregidores y otros que menean la masa cuelgan de los oidores y de las cabezas que acá gobiernan, como los alanos de las orejas del toro y son hechura de los que están en la fuente y desde España gobiernan estas tierras".

Gran parte de estos males deben, en efecto, atribuirse a lo

mal regenteada que estuvo en lo político la tierra conquistada por Cortés. En vez de dársele a este hombre talentoso y enérgico el gobierno de la tierra; en pos de Vistadores viejos o enfermos, vino la primera Audiencia. Murieron los dos tolerables Oidores y quedaron con el sanguinario e indesmanchable Nuño de Guzmán, Matienzo y Delgadillo quienes, "viendo la grandeza y grosedad de la tierra y el recibimiento tan suntuoso que se les hizo, vieron en ello gran aparejo para salir de miserias. Comenzó Gonzalo de Salazar a darles avisos diabólicos cómo habían de robar la tierra e hinchar las bolsas. Ayudábales un Lerma, pastelero y confitero y un Antón, borceguinero que había ya sido azotado por la Inquisición y el famoso nahuatlato García del Pilar que de verdad certifico a V. M. que, al parecer de los que desean el servicio de Dios y vuestro, que aquella lengua debía de ser cortada y quemada porque no hablase más con ella las grandes maldades que habla y los robos que cada día inventa".

"Vuestra Majestad, continúa Zumárraga, envió Presidentes y Oidores, y ahora hay estos y además presidentas y oidoras, que estas se han asentado en los estrados reales estando ellos presentes; propiamente ellas tienen el cargo de justicia y los que bien han de negociar, a ellas ocurren primero porque no se les niegue cosa".

Fray Juan de Zumárraga murió con las lágrimas en los ojos, suspirando porque su Babilonia se trocase en Jerusalén.

La parte de evangelización sí caminaba a pasos agigantados, convertíanse las regiones indígenas casi en masa, doctrinábanse detenidamente e instruíanse en la única forma en que entonces pudiera hacerse, mediante la representación de "autos" que se tenían en los atrios de los conventos, mezcla de composi-

ción dramática, loa romanzada, procesión, bailes y hasta un poco de lo que llamaríamos comedia de magia o circo. Son piezas literarias interesantísimas y fueron en su tiempo un rudimento aparatoso y grandioso de instrucción pública, no tan sólo en la sustancia, que eran los dogmas religiosos, sino por sus accidentes de historia, geografía, indumentaria y riqueza del lenguaje de que se hacía derroche por los autores y gran caudal por los mozuelos que conservaban en la memoria mucho de lo que habían aprendido en aquellas representaciones.

Respecto a los españoles y a sus hijos la labor era muy reducida y la materia mal preparada para recibir corrección y nuevos senderos de progreso y de civismo. A ese tenor, como era natural, iban creciendo los hijos de españoles, los criollos.

Este período histórico que bien puede llamarse el de la auto conquista española de México, este período, caótico en general para la civilización y para los estudios, no debe descartarse ni desconectarse de nuestra literatura y letras humanas, porque entonces, más que nunca, el castellano, libre ya de sus cadenas y de su lastre latino, limpio todavía de tanto neologismo y barbarismo como en la actualidad la invade, saltaba a la arena del mundo civilizado en su sana, juvenil y noble entereza, rico de vocablos propiamente suyos, grave y vigoroso, respirando frescura y sinceridad; el castellano del siglo XVI está hecho como para decir la verdad. ¿Quién nos diera volver a esa correspondencia tan sabrosa como la que se gastaban por ejemplo D. Alonso de Zorita, Jerónimo López o Fray Miguel Navarro?, todos en general, porque el buen castellano era del pueblo todo, a diferencia de lo que hoy sucede, que se refina sólo entre pocos de la clase artificialmente cultivada, mientras que deplorablemente

languidece y muere en nuestras masas populares. Con la opresión, la amargura y el hambre las masas se nos tornan silenciosas y embrutecidas.

En nuestro período caótico ese regio lenguaje existía porque su raíz estaba viva y esa raíz era el espíritu caballeresco, el de las nobles y límpias ambiciones, el de las almas recias, el de las palabras de honor que en efecto de honor eran, el de las empresas fuertes que se comenzaban, se continuaban y también se terminaban; existieron, cierto, bajas pasiones y vellaquerías, mas todo ello era juzgado como convenía, tenido en su categoría de malo, de evitable y siempre, aun a las conciencias de los mismos facinerosos, llegaba el ideal de lo bueno y de lo noble, sin tratar de legitimar lo que era espúreo y mal nacido.

En este período caótico, otrosí, era cuando en nuestra Patria no se cantaban, pero sí se hacían empresas heroicas, materia de poesía épica más que homérica, por cuanto las hazañas cantadas por ese imaginario poeta de los helenos eran ficticias y las nuestras eran inmensas realidades, la mayor parte de las cuales esperan aún la docta y bien cortada pluma de los académicos inspirados, para que sin salirse un punto de la verdad histórica, las den a conocer, antes que acaben de arrebatarnos la primacía, jovenzuelos de las universidades ultrabravinas, que a bandadas vienen con muy intencionados salarios, a empadronarse hasta de nuestro criterio histórico.

Mas no obstante materia prima tan rica y ese castellano tan puro, no podríamos decir que había en la Nueva España ni hombres literatos ni mucho menos humanistas; en este período caótico que se extiende hasta 1552, una sola excepción encontramos

y es, la del primer Obispo de Tlaxcala Fray Julián Garcés, al que pronto volveremos.

* * *

Tiempo es ya de que definamos lo que es un HUMANISTA: es un hombre dedicado a las letras humanas. Este adjetivo restringe y define, contrapone letras humanas a las letras divinas o sea a los estudios de la Sagrada Teología y Hermenéutica que se fundan principalísimamente en la palabra de Dios o letras divinas; esto fué así entendido desde el origen del humanismo.

Por ser el objeto de las Humanidades las letras y no las ciencias, se excluyeron las ciencias naturales, las ciencias exactas, las jurídicas del campo específico de los humanistas; todo esto no quiere decir que teólogos, juristas, científicos si eran hombres prácticos y querían hacer algo en el mundo, no fuesen humanistas; pero abstractamente hablando y muchas veces en concreto, sí que hubo hombres de mucha ciencia y teología, jurisconsultos y hasta historiógrafos y psicólogos que por no ser humanistas no sabían presentar su mercancía; pozos de ciencia, pero pozos tan hondos, tan hondos que nunca se llegaba a sacar agua de ellos para provecho de la humanidad.

El humanista es el hombre que de una manera disciplinada (no por brotes primarios) cultiva las letras e ilustración humana. Como empero las galas del bien decir suponen materia sobre la cual ha de versar lo estudiado o ilustrado, el humanista aplica sus letras, su buen gusto, su "chispa" ya a la crítica, ya a ciencias exactas, ya a las que podemos llamar más propias de

él, que son la historia, la filología y la psicología. El humanista es versado en los hechos humanos, en la narración de ellos coordenada en el tiempo y en el espacio o sea en la historia, la cual historia de por sí lleva a la psicología humana: al análisis de nuestros apetitos y pasiones.

Este cultivo reflejo de las letras e ilustración humana fué el que tuvieron muchos hombres sabidores, del Renacimiento. En su florescencia ya desde el siglo XIV, fueron por primera vez llamados, humanistas.

El Renacimiento tendía en su parte noble y grandiosa y además específica, a hacer revivir para todo el mundo las letras clásicas, recluídas durante la Edad Media en los monasterios. Envolvió por algún tiempo en el primer tercio del siglo XVI también otra idea, la de cierta rebelión y en algunos casos de menosprecio a las cosas y ciencias cristianas; muchos humanistas se trocaron en paganos y dieron con sus huesos en el protestantismo. Esta última parte, la rebelión, por lo menos en la práctica, no formó un sector integral del humanista. No sólo, sino que la Iglesia fué la que desde entonces vino produciendo metódicamente humanistas, formando a la juventud en letras humanas y hasta perpetuando, casi con exclusividad, el nombre de humanistas entre los estudiantes jóvenes que se dedicaban al cultivo reflejo de las letras e ilustraciones humanas. Suele decirse que la Iglesia bautizó a Aristóteles, queriéndose significar que se sirvió de la filosofía peripatética como de un peldaño y auxiliar para las ciencias sagradas. De manera análoga pudiéramos decir que la Iglesia bautizó a Cicerón, a Demóstenes, a Homero, a Horacio, a Virgilio y que seguirá bautizando a todo lo decente de este mundo.

* * *

Fray Julián Garcés, ya lo hemos dicho fué quien rompió la marcha de los humanistas que aisladamente fueron llegando a nuestra Patria o produciéndose en ella.

De sangre hidalga y en el corazón del noble reino de Aragón nació Julián Garcés, el año de 1447. Muy joven aún se puso a estudiar bajo la dirección del célebre humanista D. Antonio de Nebrija de quien salió tan aventajado discípulo como puede comprobarse por la galanura y brillante latinidad de su famosa humanitaria carta a Paulo III en favor de los indios; dícese que el mismo nebrisense solía decir que necesitaba estudiar para poder igualar a su discípulo Garcés. Terminó sus estudios, profundos y eruditísimos, en la Universidad de la Sorbona en París de Francia; vuelto a España tomó el hábito dominicano en Calatayud llegando pronto a ser por su fácil palabra y su conocimiento de las letras sagradas, eminente predicador, y como tal le llamó a su Corte, Toledo, el Emperador Carlos V.

Cuando se tuvo noticia de la tierra descubierta por Fernández de Córdoba dos años antes de empezar las hazañas de Hernán Cortés (1517), Fray Julián fué presentado por el Emperador como Obispo "Carolense y de Santa María de los Remedios" sin que nadie supiese a punto fijo lo que todo eso significaba. Poco más tarde, aprovechándose el César de la facultad de marcar límites a las Diócesis de sus dominios quiso concretar un poco más y soltó este imperial rompecabezas; que le daba a Garcés "la Provincia de Tlaxcala y San Juan de Ulúa que con-

fina con aguas vertientes hasta llegar a Maltrata y la Villa Rica de la Vera-cruz y la Villa de Medellín con todo lo de Tabasco y de-ende el Río de Grijalva hasta llegar a Chiapas".

Garcés debió llegar a Tenoxtitlán - México a principios de 1528 y desde entonces le vemos tomar parte en todo lo principal que hubo en esta ciudad hasta fines de 1531, cuando se le ordenó ir a su Provincia eclesiástica de Tlaxcala. He aquí un caso de virtud heroica cual fué el de recluirse entre aquellos indígenas que apenas si comprendían los rudimentos de la lengua castellana, teniendo así el Pastor que sacrificar entre los ministerios de su cargo todo este tesoro de erudición adquirido en lo más culto de Europa; vemos, sin embargo a Garcés predicar, no tan sólo en su Diócesis continuamente sino de vez en cuando en la ciudad de México. Por cierto que una vez (debió ser por el año de 1533, y por consiguiente hace cuatro siglos) estando predicando en la Catedral de la gran Tenoxtitlán, en lo más arrebatado de un período oratorio se le escaparon los dientes que, pasmémonos, eran postizos; atrapólos en el aire, por fortuna, y aquel hombre de gracejo natural y de oportunidades, con la dentadura en la mano, lejos de intimidarse, volvióse al público y dijo: "De otros predicadores habréis oído decir que con el fervor de la elocuencia arrojan sangre, pero de nadie, que haya echado hasta los dientes", granjeóse una vez más la benevolencia del auditorio y prosiguió su elocuente sermón. No quedan muchas cartas de él; pero en las que tenemos, sobre todo en la que escribió junto con Fray Juan de Zumárraga, campea no sólo la natural soltura y riqueza de su lenguaje, sino ese cultivo en las letras latinas clásicas de que a cada paso va ayudándose, ya sea largando un medio dístico, ya refiriéndose a Marco Tulio

o ya también parafraseando o romanzando, como entonces se decía, alguna frase del texto bíblico.

Aun cuando Garcés era humanista, su influencia como tal en la Nueva España o en aquel rincón de la Nueva España, no fué ni pudo ser mucha, pegado a su ministerio apostólico primero en Tlaxcala y luego en Puebla donde murió. Tenía entonces 95 años de edad. Mereció de su Capítulo estas tres significativas palabras para epitafio: SAPIENS. INTERGER. EMERITUS.

* * *

En el año de 1536 el puerto y Villa Rica de la Vera-cruz eran teatro de una singular escena; acababa de llegar el Galeón de San Lucas de Barrameda. Tan luego como hubo desembarcado el pasaje oficial, héchose la requisitoria y las pesquizas del caso, saltó a tierra la turbamulta de colonos a las Indias Occidentales de S. M. Católica. Entre ellos venía un grupo numeroso de devotos frailes agustinos presididos por aquel insigne hombre a quien tanto debe la independencia y el sér mismo de la Nueva España, Fray Francisco de la Cruz; junto con aquellos frailes venía también y alternando con ellos, un elegante y joven clérigo toledano, tenía entonces treinta o treinta y un años de edad, era alto, delgado, de nariz aguileña y de ojos muy grandes y muy vivos, llamábase Alonso Gutiérrez. Llamóse entonces, por última vez, Alonso Gutiérrez. Fué el caso que tan luego como hubieron llegado, aquel joven clérigo postrado a los pies del Provincial Agustiniano le pidió el hábito de su Orden que le fué dado allí mismo en la Vera-cruz y por cariño al país donde tan señalada merced y beneficio recibía trocó el apellido del mun-

do por este nuevo y devoto de Fray Alonso de la Vera-cruz; en su propia mente sonaba así: Fray Alonso entregado a la verdadera Cruz de Jesucristo.

Habíanle traído los agustinos de esta Nueva España conociendo su saber y sus letras para que enseñase Artes y Teología a los frailes jóvenes de la referida Orden; dejó para ello, puestos honoríficos en Alcalá de Henares, donde había cursado con notorio aprovechamiento, dejó sus esperanzas de Salamanca, legendaria metrópoli de los altos estudios en tierras castellanas, dejó el pingüe beneficio y los honores que esperaba de los poderosos Duques del Infantado quienes le habían entregado la educación y dirección de sus hijos; pero Alonso era hombre de grandes empresas, incapaz de reducirse a rincones ni pequeñeces, era el tipo del "alma castellana, alma volandera, siempre enamorada de una gran quimera".

Como era realmente hombre superior, reconocido como tal no sólo aquende sino allende los mares, la carrera del P. Alonso Vera-cruz en la Nueva España se sostuvo siempre en las líneas del alto gobierno de su Orden, de los grandes puestos científicos y literarios, de las máximas actividades en la construcción de obras primarias intelectuales y materiales de nuestro país.

Creo que sin exageración puede llamarse a Fray Alonso Vera-cruz la piedra fundamental de la Universidad de México: no fué el primero que pensó en ella. El primer pensamiento de universidad que no paró en pensamiento sino en una petición oficial, razonada y fructífera fué de D. Fray Juan de Zumárraga. Es infundada la protesta del prologuista a la reimpresión moderna de la Crónica de Plaza, porque "invariablemente se asocia el nombre de Zumárraga con el del Virrey Mendoza en lo

que toca a la fundación de la Universidad", quedan en pie, descubiertas por mí en Sevilla y publicadas dos veces por mí, una en los documentos del siglo XVI y otra en el Primer Tomo de mi "Historia de la Iglesia en México", las cláusulas de una carta o instrucción de Fray Juan de Zumárraga a Carlos V para que se fundase Universidad adonde se lean todas las facultades, ciencias y Sacra Teología, "porque si S. M. (decía), habiendo en España tantas universidades y tantos letrados ha proveído a Granada de Universidad por razón de los nuevos convertidos de los moros, cuanto más se debe proveer, por semejante manera, a esta tierra adonde hay tantos nuevamente convertidos de gentiles, que en su comparación al reino de Granada es meaja en capilla de fraile y no tiene como he dicho universidad ni doctrina, por tanto suplica a S. M. el Obispo mande en todo caso establecer y fundar en esta gran ciudad de México una Universidad en la que lean todas las facultades que se suelen leer en las otras universidades".

Es ingratitud el haber desconocido en ese prólogo al verdadero fundador, al que expuso los motivos por los cuales se dió la Cédula que D. Antonio de Mendoza no hizo más que recibir mucho después del año de 1537, en que Zumárraga había mandado ese memorial razonado a la majestad del César Carlos V. Para eliminar a Zumárraga de entre los fundadores morales de la Universidad se reprodujo mal la Cédula Imperial de Fundación. Dice el texto de ésta que "a petición de los Prelados Y Ordenes religiosas", etc., se fundaba. El prologuista "olvidadizo" lee y estampa "los Prelados DE Ordenes religiosas". Con el cual juego de manos deja fuera a Zumárraga y a todo el Episcopado.

La Cédula Real de Fundación llegó solamente el año 52,

mas esa misma habría quedado sin ejecución de no haber tenido los gobernantes y prelados deseosos de establecer una Universidad a alguien que fuese el alma de esta institución, y no le tuvieron sino cuando Alonso de la Vera - cruz, libre ya de sus cargos de Lector y Provincial de los Conventos de Michoacán, pudo ser utilizado por los Superiores para que con su ciencia y con el peso de su doctrina moviese este gran edificio intelectual de la ciudad de México. Por eso, aun cuando no tuvo el título oficial de Rector primero, sí fué el primer Doctor "por donde en junta tenida en las casas de la Audiencia de la Ciudad de México a los 21 días del mes de Junio de 1533, con el Excmo. Sr. D. Luis de Velasco, Virrey de esta Nueva España, los muy magníficos señores Lic. D. Antonio Rodríguez de Quesada, Lic. Francisco Herrera, Lic. Antonio Mexía, Oidores de la Audiencia de esta Nueva España para fundación de la Universidad que S. M. mandó fundar en la ciudad de México, ordenaron, lo primero: que hubieron por incorporado de maestro en Sagrada Teología al M. R. P. Fray Alonso de la Vera - cruz atento a que mostró ser maestro en dicha facultad por tres capítulos generales, de lo cual mostró fé y ejecutoria en forma y se declaró ser el más antiguo en dicha facultad".

Tomó desde luego las clases más serias y de más estudio cuales fueron la de prima de Teología y la de Exégesis y Hermenéutica.

Con todos estos méritos no podríamos, sin embargo, poner a Fray Alonso de la Vera - cruz como uno de los fundadores del humanismo en México, mas considerando estos mismos cargos, no escuetamente sino como él los llevó a cabo, veremos que sí hay razón para tan honrosa afirmativa.

La clase de Hermenéutica en aquellos tiempos y más después de haber ya hablado Erasmo, Lutero, Dasa, Ecolampadio, humanistas más o menos protestantes, no podía sostenerse sin un gran conocimiento de las objeciones por parte de ellos y de las consiguientes respuestas basadas en largos y variados estudios de letras humanas, latinas, griegas, hebreas y aramaicas. Tipo de estos estudios humanistas, fué la biblia poliglota del Cardenal Cisneros, uno de cuyos ejemplares trajo Fray Alonso Vera-cruz y legó al Convento de Charo, de donde fué "nacionalizado" para el Colegio del Estado de Puebla.

Era Fray Alonso compañero y amigo de ese otro gran humanista Fray Luis de León gloria y prez de las letras castellanas. El humanismo de Fray Luis de León podría llamarse humanismo con alas, lo eleva ciertamente a muy grande altura y refleja en todo el bien decir y en todo el estilo del ilustre maestro salmantino la lumbre clara de nuestra fe y un espíritu gigantesco de cristianismo y de dulzura. ¿Cómo podría no ser humanista un amigo íntimo de Fray Luis de León y que conocía, glosaba y comentaba sus obras con fruición?

Cuando Fray Alonso de la Vera-cruz fundó y regenteó el Colegio de San Pablo, uno de los más antiguos monumentos que nos queda, uno de los pocos del siglo XVI en esta Capital; aparte de dar sus lecciones de Artes, Teología y Hermenéutica, no creía haber dispuesto a sus jóvenes para el combate práctico de la vida, si no les tenía al tanto de la literatura corriente de sus tiempos. Sabía perfectamente el P. Fray Alonso de la Vera-cruz que una buena biblioteca, era no sólo el ornamento sino como el dinamo intelectual de las comunidades. La corrupción y las dificultades de carácter rijoso tuvieron lugar en las comu-

nidades en donde no había una buena biblioteca, o donde la buena biblioteca no era asimilada.

Empapado en estos principios Alonso, al regresar de España hacia 1560, tuvo la idea de proveer de una buena y gran biblioteca a su Convento y Colegio de San Pablo en México. Cuando pues, regresó con el cargo, por cuarta vez, de Provincial de la Nueva España y Visitador, trajo consigo nada menos que sesenta cajones de libros, núcleo principal de la gran biblioteca agustiniana en la ciudad de México.

El buen humanista es bibliófilo, no se contenta con haber fundado un núcleo, va adquiriendo, y así lo hizo Vera-cruz, las obras todas de importancia que en las diversas disciplinas del saber humano se iban publicando en toda Europa. Tan pronto como llegaban hacíalas poner el famoso fierro con que quedaban marcados los libros, designándolos como propiedad del Convento, hierro de doble efecto: quemó entonces los cantos de los libros y tres siglos después también dejó herradas a fuego las frentes de los que malamente las adquirieron.

Marcados o herrados los libros, Vera-cruz no se los leía, se los devoraba, los anotaba rápidamente, cual puede verse en muchos que pasaron por sus manos. Acto continuo, a veces el mismo día, en su buen romance toledano que no en latín como se hacía en las cátedras, daba cuenta a sus estudiantes del libro recién venido de Europa, examinábalo, daba sus luces y opiniones sobre él y problamente lo entregaría a aquel o aquellos de sus discípulos que supiesen aprovecharse mejor para que, terminada su lectura, lo colocasen en su correspondiente anaquel y perpetuasen los conocimentos. Esto es tener el carácter, el temple de humanista; sabía que una biblioteca tiene que estar bien

presentada, de ahí que no sólo le destinase un amplio salón, sino que la decorase, como consta por un biógrafo suyo, Grijalva, con mapas, esferas, cuadros que ennoblecieses y formasen el ambiente de lectura y de recogimiento que viene a redondear la perfección de una buena biblioteca y aumenta las facilidades y hasta la inspiración del que en ella lee.

El P. Vera-cruz merece bien de las letras no sólo en la ciudad de México sino en toda la Nueva España por cuanto, como bien se dice de él, era el oráculo de todos estos reinos; y por "estos reinos" hase de entender la actual República y todo lo que entonces era Nueva España; desde Oregón hasta Panamá y desde las Islas de Barlovento hasta las Islas Filipinas. En Manila conservaban hasta hace pocos años una carta, Plan de Estudios y Directorio Espiritual que a las Provincias Agustinianas de Filipinas dirigía desde México el sabio cuya biografía vamos resumiendo.

A él se debe también la fundación y primera traza y estilo de esos conventos agustinos de Michoacán que aún hoy, en calidad, de ruinas, son de los primeros monumentos del país. Ahí está en su península de un verde virginal, sobre el lago de Cuitzeo aquel glorioso Convento del siglo de oro, la mejor y más artística mansión eclesiástica que en México conocemos, aunque no tan grande como el ya citado Convento de Yuridiapúndaro.

Era Vera-cruz muy gran repúblico, como entonces se decía. Entendía de edificar con solidez, con amplitud y con arte, entendía de arcaduces para llevar agua desde remotas fuentes a las poblaciones do estaban sus Conventos, entendía de pertrechar éstos cuando el caso llegare para la defensa natural del pueblo todo, entendía de huertas y de regadíos y de plantar gran-

des árboles como los que aún vemos en el fragmento de huerta de San Agustín de Morelia y en los históricos cedros de Yuriria que hasta hoy viven vinculados con la leyenda. Se llama el uno "Don Juan Trombón" y el otro "María Patueca".

Es lástima que por su grande prudencia y conocimiento de las leyes buena parte de los talentos del P. Vera-cruz hayan sido empleados para dirimir los innumerables litigios que ocurrieron en su tiempo. Estos litigios, por la amargura que dejan en el carácter, por la aridez de su estilo, por las responsabilidades que acarrean, matan otros sentimientos más a propósito para cultivar la belleza y las ideas elevadas y fecundas.

Varias veces estuvo a punto la Nueva España de verse privada de hombre tan grande, por las mitras que le ofreció y muchas veces, la Corona, para otras partes de la América, mas él con entendimiento superior y con un gran sentido práctico renunció a todas estas mitras. Debía tener bien meditado que el destino del hombre no depende precisamente de la altura jerárquica que ocupa sino de llenar su misión, cualquiera que sea, y más cuando esta misión es insuplible; él probablemente sin decirlo a nadie, comprendió que era más fácil encontrar obispos que regenteasen esas Diócesis de León de Nicaragua o de Camagüey que no un Doctor de conocimientos tan profundos y extensos, como eran los que él había acumulado.

El P. Vera-cruz grave y sencillo sin desaliño, humildísimo sin bajeza, noble y generoso, grave y cortés, con la mira siempre puesta en lo que siempre sin interrupción ni mudanza ha de durar vivió en la Nueva España largos 50 años falleciendo después, a los 80 de una vida increíblemente laboriosa.

Como a fundador de la Universidad, con todas sus cátedras

de ciencia y de letras, como a gran bibliófilo (amador de libros) difundidor de doctrinas, el humanismo en México debe contarlo entre sus primeros fundadores.

Escribió nueve eruditos y voluminosos libros que fueron reimpresos, en su mayor parte, en Europa.

* * *

Pocos meses antes de fundarse la Universidad de México en 1551 el P. Vera-cruz sostenía, muy verosímilmente, este diálogo, en su celda de San Pablo: —"¿Y de dónde sois, amigo D. Francisco? —Soy como vos, padre maestro, de Toledo, de la imperial ciudad. Allí también me crié hasta que hube de ir a Flandes sirviendo al Rey (que Dios guarde). —¿Sois pues de mucha aventura y de muchas aventuras? —Llevo visto mucho de bien y de mal en este mundo. —¿Y qué os trae aquí ahora, y por dónde os vino el deseo de pasar a Indias? —Ya de largo viene, maestro Alonso, que siendo mochacho aún, en Toledo, vide llegar ahí al santo y primer Obispo Fray Juan de Zumárraga. El año de 1533, hubo largas pláticas en el Alcázar con el Emperador nuestro señor, y luego ansí en la Corte como en Sevilla hube yo largas pláticas con el Sr. Marqués D. Hernando y pasé luengos ratos con él a la sazón que él miraba por la fábrica de su palacio que es en el barrio de San Lorenzo de Sevilla, e ahí, mientras dirigía a los alarifes, hízome grandes pláticas e de como se hubo en la conquista de estas tierras, e del Montezuma e de otras cosas notables, que yo pienso de poner por escrito y en orden de crónica según y como D. Hernando me lo dijo; y como yo soy inquieto y aventurero como decís, parecióme mi rincón

de España y aún toda ella, chicos para me contener e dí en venir a esta tierra con cartas que os traigo de vuestros discípulos los Señores Duques del Infantado".

Era quien así hablaba el gran cronista, el egregio humanista D. Francisco Cervantes de Salazar; hombre algo inquieto en buen sentido, de grandes talentos naturales y de un profundo conocimiento de la lengua de Lacio que ejercitó en la Península como Secretario Latino del Cardenal D. Fray García de Loaiza. Ya para cuando vino a la Nueva España tenía escritas e impresas en un tomo, estampado en casa de Juan Brocar en 1546, varias obras de importancia literaria, un diálogo de la dignidad del hombre donde se trata de las grandezas y maravillas que hay en el hombre y por el contrario de sus trabajos y miserias. La segunda es el "Apólogo de la ociosidad y el trabajo". La tercera la "Introducción al camino para la sabiduría". Aparte de estas obras mencionadas por nuestros bibliófilos, el actual bibliotecario Provincial de Toledo, me dió noticia de una obra dedicada a la Concepción de la Virgen María que dedicó Cervantes a la Marquesa del Valle, mujer (viuda ya cuando se escribió) de Hernán Cortés.

Vió el P. Vera-cruz en Cervantes de Salazar y lo mismo hizo ver al Rector y Claustro futuro de la Universidad, que este letrado toledano era el hombre providencial para regentear las clases de Retórica y presidir la parte literaria y galana en los actos públicos de la Universidad.

Y así, al inaugurarse los Estudios el 30 de Junio de 1553, nuestro Cervantes abrió la sesión con egregios cuadrimembres ciceronianos.

Francisco Cervantes de Salazar era hombre ciertamente de

ingenio extraordinario, de muy vasta y variada lectura, conocedor de muchos tópicos dignos de los humanistas y deseoso de aprovecharlos en bien de la juventud que estaba a su cargo. Una de las obras más conocidas en el terreno literario son sus Diálogos; publicó primeramente los Diálogos de Luis Vives, comentados por Cervantes con gran acierto y con muy exquisita latinidad. La ciceroniana y castiza no creemos que haya sido muy general entonces ni en la misma España. A continuación de los Diálogos así glosados cuyo autor es Luis Vives, Cervantes de Salazar imprimió otros tres de que es propiamente autor, muy importantes para la historia de México, el uno describiendo la Universidad, el otro describiendo la parte interior de la ciudad de México "Mexicus Interior" y el tercero "Mexicus Exterior" pintando las afueras de la ciudad con noticias también de remotas provincias y regiones.

Si Cervantes de Salazar hubiese ya estado en posición amplia y desahogada, subvencionado además por el Rey y mejor todavía para estar más libre, hubiese contado con recursos personales, él era el llamado a levantar y organizar la cátedra y por medio de estos discípulos también orientar la literatura en la Nueva España. Mas no era esto así: tenía el buen literato que luchar por la vida. Creyó además que estaba llamado a la vida sacerdotal, hacía pues estudios para ordenarse, al mismo tiempo que enseñaba y luchaba por la existencia como aquellos pobres catedráticos de la Universidad cuyos sueldos eran irrisorios. Al profesor de Retórica en los tiempos de nuestro Cervantes tocábanle solamente 165 pesos de tipuzque, 3 tomines 4 granos al año. Ahora vamos a ver, aunque el paréntesis sea proporcionalmente largo, cuáles eran los gastos de un hombre de su talla y de su posición.

Nos informa el ingenuo Sancho Sánchez de Muñón en documento que descubrí en los Archivos de Sevilla: "Suplico a V. merced, decía al Virrey, se sirva de poner ejemplo en un racionero que es un medio entre las personas de la Iglesia, costarále el alquiler de una casa razonable de las pequeñas, a lo menos en México, ciento y veinte pesos de Minas al año, poco más o menos, que ese es el común valor de las casas medianas en aquellas partes, de las muy comunes. Para se vestir ha menester cada año dos pares de vestidos; pero póngole uno, no más, que con calzado y hechura, que en Indias no es lo que menos cuesta, atento a que la bara de paño vale a once y doce pesos de tipuzque lo muy común y cualquiera otra ropa para jubones y otras partes del vestido es muy costoso, le echo cada año doscientos pesos de tipuzque que vueltos en pesos de Minas son ciento y veinte y es muy poco; para el servicio de cosas de lencería, de camisas, sábanas y cosas de la mesa y otros negocios ajenos a éstos, sobrepellices, etc., le echo un año con otro sesenta pesos de Minas; para vestir sus criados y comprar alguna vez un esclavo que le sirva le echo, un año con otro, ciento de Minas, también ha menester comprar una mula y sustentarla y aderezarla de paño que esto cuesta mucho porque el paño es muy caro y el maíz cuesta cada fanega 8 reales, échole unos años con otros más de 80 de Minas, pues para comer y sustentarse a sí y a sus criados y casa cada año, bien ha menester $ 300.00 de Minas, de manera que será menester limitarse mucho en el gasto para no excederlos (¡$300.00, mantenimientos anuales de un beneficiado y su servidumbres!). Pues para cosas extraordinarias que se suelen gastar cada día, como si estuviera enfermo, si se le muere un esclavo, si tuviese un huésped, si diere una limosna, razón es que tenga ca-

da año $ 160.00, todo monta limitadamente ocho cientos y ochenta pesos, al fin novecientos pesos de Minas cada año".

Echando cuenta de lo que le daban a Cervantes Salazar en pesos de tipuzque que valían solamente 60 centavos, nos resulta que en conjunto le daban $ 99.00 al año, siendo los que necesitaba novecientos poco más o menos.

Repito aquí la misma observación que hice en el Tomo II de mi HISTORIA al tratar de la parte económica de la Universidad de México: "Cómo exigírseles nada ni estimular para nada a esos catedráticos. El que no contaba con la mesa puesta en su convento (y éste era el caso de Salazar) tenía que buscarse y dar su mejor tiempo a otra ocupación más productiva que su cátendrá, tenía que estar esperando los donativos de grados y propinas y demás gajes que de suyo tienden contra la dignidad y libertad de las cátedras". Además, Cervantes Salazar no podía esperar ni estos gajes, puesto que no había grados en letras.

Aún sacó tiempo nuestro Cervantes para escribir su preciosa "Crónica de la Nueva España", obra que por largos trescientos cincuenta años quedó inédita y manuscrita, que descubrió primeramente para sí mismo y encubrió para todo el público D. Francisco del Paso y Troncoso. El mismo documento que descubrió con todas las glorias de una verdadera descubridora y con la idea que pronto realizó, de entregarlo a la luz pública, la recientemente fallecida señora Dña. Celia Nuttall, benemérita de la arqueología e historia en México.

Once años, o sea hasta 1564 estuvo nuestro Cervantes al frente de la cátedra de Retórica y de todo lo literario que hubiese en la Universidad, a él tocaría el corregir los poemas que se presentaban en diversos certámenes, a él criticar en el mejor sentido

de la palabra a los literatos de su tiempo, a él el dar a los Prelados su juicio sobre las cualidades y facultades que para predicar, doctrinar o regentear cátedras tenían los discípulos ya que el solo saber nada aprovecha si no se tiene manera de presentarlo.

Cervantes Salazar tuvo como sucesor en la Cátedra a un bachiller Frías quien la tuvo otros once años. Renunció Frías porque le pareció poco el sueldo y porque ya se había hablado de fundar cátedra de Medicina en vez de la de Retórica. Aparte de esta razón que era buena, tuvo la de haber ya llegado a la Nueva España tres años antes los PP. Jesuítas a los que se les fué de una manera instintiva toda la juventud. Algún celillo originado por los innegables triunfos de la referida Orden arrancó de Felipe II una Real Cédula sobre que en el Colegio de la Compañía de México no se diesen grados ningunos, y otra más dura para que a ninguno de los que estudiasen en dichos colegios se les admitan sus cursos. La Real Audiencia representó a la Corona los inconvenientes que se seguían: "Como de los estudios de la Compañía, decían los Oidores, se ha visto resultar mucho fruto porque hay muchos colegiales que hacen demostración de buenas cualidades, y si estos tales tuviesen de acudir a la Universidad, de más de que sería sin efecto, por la falta que hay de las dichas cátedras, sería causa de cortarles el buen principio que tienen". Bueno estaba Felipe II para que una Audiencia de "las nuestras Indias" le diese lecciones. Al margen de la petición escribió: "Sin embargo de lo que dice, se cumpla lo que por Cédula está proveído". "En cuanto a lo de gramática oirla ha donde cada uno quisiere". Después esta misma Cédula se revocó para que se "retrujiesen" los estudiantes de gramática en la Universidad. Aquí tenéis un ejemplo de monopolio de la enseñanza.

* * *

Los Jesuítas habían llegado a México en 1572, "Al México invíe Padres haciendo que sean pedidos o sin serlos", fueron las palabras del mismo Loyola el 12 de Enero de 1549.

Habíanlos pedido D. Vasco de Quiroga así como Fray Agustín de la Coruña que había conocido a Ignacio de Loyola en sus mocedades allá en Salamanca. También había procurado que viniesen jesuítas D. Martín Cortés Marqués del Valle, hijo legítimo de Hernán Cortés que fué novicio de la Compañía de Jesús. Obstruía la salida de España una Real Cédula que como muralla se interponía entre ellos y la América. Vencida que fué esta dificultad por el Santo Duque de Gandía, enviados por él llegaron a México quince sacerdotes al mando del P. Dr. Pedro Sánchez. Entre ellos se contaba el primer profesor de HUMANIDADES, cátedra ya así intitulada, que fué el P. Juan Sánchez Vaquero, otra insigne columna del naciente humanismo en Nueva España.

Era también toledano, qué casualidad, como lo habían sido Vera-cruz y Cervantes Salazar; llegó a México sin ordenarse aún de sacerdote; mas pronto recibió las sagradas órdenes del segundo Obispo de Michoacán. Sánchez Vaquero fué el primero que, en forma, tuvo la clase de letras en el Colegio de San Pedro y San Pablo y a su buena manera de enseñar puede verosímilmente atribuirse esa desbandada que hubo de la Universidad, a que ya nos hemos referido.

De su puño y letra tengo su Crónica Inédita de la Nueva Compañía de Jesús en la Nueva España y que estoy a punto de

editar. Un parrafito de esa Crónica que intitula Sánchez Vaquero "Aprovechamiento de nuestros estudiantes en latinidad", dice: "Llegados a México los PP. lo primero que se forzó con su venida fueron los estudios del Colegio de México como cosa en que todos tenían puestos los ojos y empresa que Dios tenía deputada a la Compañía. Habían ya algunos de nuestros estudiantes acabado su noviciado y reformándose en la lengua latina aventajadamente con otros muchos estudiantes de fuera, así de los Seminarios, como de sus casas, que, con sus ordinarios ejercicios literarios, así en prosa como en todo género de versos latino y castellano, habían admirado en la ciudad como cosa tan nueva en esta tierra. En especial las fiestas de Nuestra Señora se celebraban en nuestra Iglesia con todo aparato y con composiciones que servían de adorno de las paredes y daban entretenimiento a los lectores. Se hacía una oración latina en razón de la festividad que se celebraba y un panegírico latino y entretegido algo de romance para el auditorio que pocos habían entonces latinos; acudía a ese ejercicio gran número de pueblo, parte por la mucha devoción que todo el tiene a la Imagen de Ntra. Señora y parte por oír gorgear a sus hijos, y a esta fiesta nunca faltaba el Sr. Virrey que no cabe de gozo por ver esta juventud tan bien ocupada y medrada como cosa que tanto había deseado y procurado, y por largos que fueran estos ejercicios ni enfadaban ni cansaban".

Hasta entonces el humanismo había estado o en personas particulares o en grupos pequeños a la sombra de la Universidad, grupos que resultaron casi estériles en el terreno de la literatura.

Juan Sánchez Vaquero, con una actividad sorprendente, logró ampliar en la ciudad de México sus conocimientos y extenderlos por toda la Nueva España; su campo principal fué Pátzcuaro

primero y luego Valladolid, regiones a las que amó y de las que nos deja preciosas descripciones que tengo también inéditas en mi poder.

Gran parte debió caber a Sánchez Vaquero o a sus discípulos y de todas maneras a sus compañeros, en ese alarde, mejor dicho derroche de humanismo poético, clásico, pictórico, plástico, musical que tuvo lugar en México cuando llegaron de Roma las preciosas reliquias que trajo el Procurador de México ante Roma P. Pedro Díaz. No se trataba ya entonces de fiestas como los Autos Sacramentales de los franciscanos (entre indios y con adornos de flores y tules, Teponaxtles y chirimías), tratábase de reproducir en la capital de la Nueva España lo mismo que se veía en las Cortes de Valladolid, Toledo o Sevilla. Mucho se ha comentado aquella fiesta, mejor dicho, días enteros de fiestas. Nosotros tenemos la descripción original de testigo de vista por donde venimos en conocimiento de lo adelantadas que estaban ya en el México de 1580 las artes y del impulso especial que en aquella ocasión recibieron con tan plausible motivo. Arcos triunfales en diversos estilos, copiados de los mejores de Roma, damascos, terciopelos, y rasos, estatuas e inscripciones en todas las lenguas, músicas acordadas con acompañamientos de sacabuches y dulzainas y pífanos y atambores, declamación de composiciones en prosa y verso de muchos y variados metros, en griego y en latín, en inglés, francés y castellano. Nos ponían ya aquellos humanistas en contacto con el mundo actual, era ya un desprenderse de los clásicos, era elevarse sobre ellos, contra lo que se ha dicho sobre "moldes tiránicos", era también dar alas a la mocedad para que en su lengua vernácula con arrestos juveniles pudiesen dar a conocer sus ingenios y la carrera de letras la que Dios les llamaba.

Hubo con esa ocasión dos dramas en toda regla, uno intitulado "La persecución de Diocleciano" y otro "La restauración de la Iglesia hecha por Constantino", todo con sus trajes más o menos apropiados y subrayo el menos porque en este punto de indumentaria sí anduvieron los artistas del siglo XVI bastante anacrónicos. Todo ello era con gran fondo de moral, decencia, prestancia y señorío. ¿Quiénes fueron los autores de esos dramas? ¿Habíanse ya compuesto en España y traído aquí? ¿Fué tal vez el mismo Sánchez Vaquero o el P. Pedro de Morales que para el efecto los compusieron? He aquí un enigma que afortunadamente está en buenas manos, en las de un investigador joven que dará con ese y con otros muchos datos de nuestra historia literaria.

"Nació Juan Sánchez Vaquero en Puerto Llano, Diócesis Toledo, de buenos padres, dice un biógrafo contemporáneo y lo crearon muy bien y en su juventud le enviaron a Alcalá siendo de diez y siete años; allí estudió las artes y en ellas mostró grande habilidad y agudo ingenio, graduóse y entró en la Compañía, aprovechóse en el Noviciado y en el Seminario de donde salió buen retórico humanista, (así le llamaban en su tiempo, HUMANISTA). Fué el primero que dió en México, la clase segunda o de menores, leyó a los propios estudiantes jesuítas, acabado de ordenar fué con el fervoroso P. Juan Suárez de la Concha en misiones a Guadalajara y Zacatecas y acreditaron tanto los ministerios de la Compañía que no les dejaban salir sino que fundasen ahí, como lo consiguieron después. Dejando su actividad y elocuencia era gran filósofo, teólogo y gran moralista. Había resumido dos veces el Derecho Canónico y Civil y trataba de ambos derechos como si fuese esta su profesión y como si hubiera ejercido la abogacía toda su vida y ganado su

caudal en abogar. En cosas de medicina trataba como si fuese un Hipócrates o Galeno y aunque en estas ciencias fué aventajado hizo más en las matemáticas y su parecer era estimado en primer lugar de los señores Virreyes y Oidores en obras públicas del Reino, como se vió en la obra maquinosa del Desagüe de México en que hizo mucho caso de su parecer el Marqués de Salinas que entonces era Virrey y después fué Presidente de Indias. Y en este punto no dejaré de decir brevemente lo que pasó con Enrique Martínez, Ingeniero Mayor del Reino, gran cosmógrafo y matemático como se lo oí al P. Juan de Burgos que en Compañía del P. Juan Sánchez asistió a esta obra. Controvirtióse sí la zanja o acueducto por donde se habían de divertir el río de Cuatitlán y extraviarlo al río de Tula para que no pudiese entrar en la laguna de Zumpango que se derrama en las otras lagunas inferiores; sería bien hacerlo por socabón y taladro del cerro de Huehuetoca (como era de parecer dicho Enrique Martínez y a que el dicho Virrey se inclinaba por la brevedad) o bien por el tajo abierto coma se va hoy haciendo. Dijo su sentir el P. Juan Sánchez y aunque confesó que lo que decía Enrique Martínez, para la brevedad era lo mejor; para la duración y seguridad tenía sus inconvenientes que en obra tan costosa se debían prevenir: Uno era que, en el corazón de aquel cerro había tierra floja y muelle o piedra dura; si lo primero, se verían obligados a afianzarla con cal y canto a mucha costa, porque el agua no asolvase el socabón o hacer a tajo habierto todo el acueducto con doblado y más que doblado costo. Si hallaban piedra dura, podía ser tan dura o tan grande que no se pudiese vencer a pico ni a barreta y se hubiese de dar guiñada, en que se podrían experimentar los mesmos inconvenientes; que todos estos inconvenientes se excusaban con hacerlo

desde luego a tajo abierto, que era su resolución. Siguióse el parecer del Ingeniero Mayor; mas andando el tiempo pareció que el P. Juan Sánchez, como si fuera zahorí o buzo de la tierra, vió lo que había en las entrañas de aquel cerro, porque al principio tocaron con tierra tan mueble que se vieron precisados a hacer bóvedas de tezontli por donde pasase el agua que al fin les robó la tierra en que se cimentaba y por debajo de ellas se fué el agua con mal logro de infinita costa que habían tenido. Cerca del fin se halló un peñasco tan grande y tan duro que hubieron que dar una guiñada muy grande para llevar el acueducto a la boca de San Gregorio por donde entra en el río de Tula. Lo que más me ponderó el dicho P. Juan de Burgos fué que, cumplidos los años que el P. Juan Sánchez por cuenta matemática dijo duraría el hacer dicho tajo abierto, se anegó México y se asorvó el desagüe sin poderse remediar la inundación en seis años que duró el trabajo. Hubiéronse desde entonces de hacer el tajo abierto que se va haciendo a tanta costa de dinero y vidas como se sabe, y todo se remediaba con la providencia del P. Juan Sánchez". Hasta aquí el biógrafo.

El P. Ortigosa a quien toda la Provincia reconocía por universal maestro dijo en quiete pública que lo que más se admiraba en el P. Juan Sánchez era las muchas buenas letras que en él había, disimuladas con tanta humildad. Murió en el Colegio de Oaxaca el año de 1629 siendo de 72 años de edad y después de 42 años de trabajo en esta Nueva España.

Juan Sánchez Vaquero en la historia de nuestra literatura es no sólo una gran persona sino también una insigne personificación, la de la Orden que representaba; moría Sánchez Vaquero, pero sabía, como sabe todo jesuíta, que luego al punto

tiene quien le reemplace en la brecha, sabe que su obra, su método, sus libros, su biblioteca pasarán a manos amigas que las darán vida por luengas centurias. Hay una personalidad moral que se encarga de recoger, perpetuar y muchas veces de mejorar lo heredado.

Más que ninguna otra Orden Religiosa, la de Ignacio de Loyola fué la que recogió y cristianizó desde Roma misma las letras humanas. Por lo que hace a nuestra Patria, en tantos cuantos colegios fundó, juntamente con los estudios de gramática, tenía también los de letras humanas y Retórica Preceptiva. Muy poco después de establecida la Orden en México fundó los Colegios de México y Puebla. A la mitad del siglo XVIII ya tenía en magníficos edificios treinta y cuatro colegios, aparte de la Casa profesa Mexicana que era el centro de su gobierno y puede también considerarse en cierta manera como otro instituto educativo.

Abrió este nuevo ciclo de nuestra cultura el Colegio de San Pedro y San Pablo, tal vez el más antiguo edificio que hoy existe en la ciudad de México; siguieron el Colegio-Seminario de San Ildefonso reedificado tal como ahora está por el insigne michoacano P. Escobar y Llamas; el Colegio de San Andrés donde está instalado el Senado de nuestra República; el de San Gregorio para indios y, en las afueras de México, el imperial Colegio de Tepotzotlán.

En Puebla existía el Colegio del Espíritu Santo cuya fachada se ha encargado de blanquear el Estado de Puebla para usar todo el resto del edificio, lo mismo pasa con el Colegio de San Ildefonso hoy Hospicio, con el de San Francisco Javier, Cuartel; el Colegio del Estado de Querétaro fué el que hizo la

Compañía de Jesús en aquella noble ciudad; había también colegio en San Luis de la Paz y otro en San Luis Potosí hoy Colegio del Estado; Colegio del Estado es en Zacatecas el que fué Colegio de los Jesuítas y lo mismo se diga del de Guadalajara; teníamos también Colegio en Guatemala y en la Habana; en Valladolid aún queda en pie, usado para escuelas del Gobierno, el macizo Colegio que empezó a edificarse desde fines del siglo XVI; otros había en Veracruz, en Mérida, Antequera o Oaxaca, Chiapas, Durango, Guanajuato, León, Parras y Chihuahua. En total 34 colegios los únicos que con la Universidad existieron para las clases blancas en el país.

Las letras humanas a que solamente vamos a ceñirnos, dejando a un lado lo que entonces se llamaba curso de Artes, tuvieron como base firme el estudio de los clásicos latinos, griegos y castellanos. El método de estudio como que estaba bien pensado desde el principio, bien puede decirse que es el mismo que, a través de cuatro siglos, viene aceptándose dondequiera que la Compañía de Jesús se hace responsable de la juventud, y el gobierno no coarta la libertad de enseñanza.

Y es de advertirse que este mismo método es el que a través de tantas evoluciones siguen conservando para formar a su juventud todas las naciones que podíamos llamar prácticas y vividoras, yendo a la cabeza de ellas Inglaterra, Alemania, Bélgica y los Estados Unidos del Norte.

Como este método es el mismo que se siguió en mi propia educación literaria y el que yo seguí, ya como profesor de letras humanas y retórica, puedo hablar de él con alguna claridad. En la historia nueva os voy a dar historia vieja.

Presupuesta la mera inteligencia del autor que se tiene en-

tre manos, digamos vergigracia Cicerón, Horacio, Demóstenes, Homero, Fray Luis de Granada, Jorge Manrique (inteligencia que toca al gramático en sus años preparatorios) supuesto el análisis gramatical que corresponde a los mismos estudios iniciales; toca al humanista hacer el análisis superior, análisis oratorio o poético según el caso. ¿Qué fuerza probativa tiene esta frase? ¿Cómo se pone en buena luz el objeto que tiene que probarse? ¿Cuál es su correspondiente prueba? Esto para cada párrafo oratorio. La gran fuerza de los latinos, oradores y políticos estaba en la lógica. Apreciar, ver la concatenación de las frases entre sí, la disposición que se les daba, las galas del bien decir con que se las ataviaba y luego reflexionar y hacer sentir la prestancia y la grandiosidad de la lengua, vienen a constituir un punto muy importante en este análisis superior. Repasada cada pieza clásica se la contempla, se la medita despacio y como saboreándola, para dejar que nos forme el gusto y vaya adaptando las mentalidades juveniles al modelo. Mas no cumple con la metodología seguida por los humanistas quien después de este análisis no hace una síntesis ni mira el conjunto de la pieza en sus grandes líneas, a distancia, para admirar la belleza de la estructura en general que es lo que corresponde a la parte más alta del entendimiento y el fruto de los verdaderos genios; Virgilio, por ejemplo, no es tan apropiado para desmenuzarse, lo que en él admira y lo que de él nos forma es lo equilibrado y proporcionado de los múltiples y variados lances de una obra tan grande, de una epopeya tan noble como su "Eneida".

Mal se entendería el método humanista seguido en los colegios de la Compañía de Jesús si creyésemos que se ligaba incondicional y únicamente a los autores clásicos. No, éstos son

tan sólo como un punto de partida. Para los entendimientos menos elevados o también para aquéllos a quienes Dios llama a pesar de su buen talento, a la vida práctica y literaria y que podíamos llamar del orden común, esos clásicos le habrán encarrilado y le permitirán leer, sin dejarse arrastrar malamente por los autores modernos de prosa y verso, artes e historia que le vayan saliendo al encuentro en su vida. Un hombre así formado os hará una relación sesuda, clara, bien equilibrada, luminosa sin pretensiones, y elegante de una manera natural, y esto no tan sólo cuando se pone a escribir, sino que su literatura informará todos sus escritos de cualquier naturaleza que sean. Entre los abogados, comerciantes, periodistas que han hecho alguna vez los estudios clásicos y que son humanistas de veras y los que nunca han hecho tales estudios, media todo un abismo de diferencia.

Aparte de estos ingenios ordinarios, hay genios, almas a quienes Dios ha dotado de dones extraordinarios. Pues bien, con la meditación y conocimiento que de ellos puede tener un maestro paternal, estos genios extraordinarios comprenderán que para ellos los Clásicos son tan sólo un principio: que después habrán de remontarse en alas de su inspiración a regiones extraordinarias, algunas veces mucho más elevadas y luminosas que las de los mismos Clásicos; y no será buen humanista ni aun humanitario el profesor que quiera ceñir a un molde al que ha nacido para ser un genio y para volar por sus propias alas y por sus propios derroteros. Tal pasó verbigracia, acercándonos ya más a nuestros días, con el poeta Zorrilla a quien sus propios profesores jesuítas, hechos ya por aquél los primeros estudios le hicieron ver que sus caminos eran extraordinarios y que, aunque le servirían y le equilibrarían los estudios clásicos, él estaba lla-

mado a dar al mundo nuevas luces las que ciertamente cabían dentro del humanismo modernizado, porque el humanismo, atendiendo a sus esencia, debe ser flexible y adaptable.

Parte de este método humanístico y vigente en México por dos siglos completos y vigente a medias después de suprimida la Compañía de Jesús otros ochenta años; parte de este método, repito, es el ejercitar moderada y científicamente la memoria. Las dos memorias, la memoria de los sentidos que recuerda las palabras por sus sonidos y la memoria del entendimiento, la facultad que recuerda de una manera intelectual más que las palabras mismas, los conceptos.

El entendimiento queda ejercitado no solamente por la transfusión lenta de ese sentido lógico, no sólamente por el trabajo de síntesis y análisis, verdadera gimnasia del entendimiento, sino también y sobre todo, porque la imaginación, por un lado se ensancha y enriquece y por otro lado se encarrila debidamente.

La riqueza de la fantasía es de imponderable valor; muchos psicólogos ya convienen en que los entendimientos en todos los hombres son iguales, lo que hace que difieran los talentos es la imaginación. Es la imaginación con respecto al entendimieto lo que la paleta con respecto al pintor: el que cuenta con muy pocos colores no puede pintar grandes y variados cuadros, el que la tiene rica (en igualdad de circunstancias) será el que presente mejores producciones. Las naciones progresivas, si bien observamos el carácter de sus habitantes, lo son porque éstos tienen en último resultado más imaginación, mas fantasmas con qué formar las especies impresas y por lo tanto más facilidad para encontrar los términos medios que son el gran puente de oro del raciocinio humano. Mas, también, una imaginación desbo-

cada llena de fantasmas fáciles y sensuales es, por otro lado, bien dañosa al mismo entendimiento y más dañosa aún a la constancia y fuerza de voluntad.

La presentación al público de los diversos trabajos es parte muy integrante del método humanístico tal como se proponía en los colegios jesuítas desde los aúreos lustros de Sánchez Vaquero.

Todo hombre práctico con carrera o sin ella, debe salir de los estudios de humanidades apto para conseguirse lo que lícitamente quiere, mediante la palabra, apto para presentar sus pensamientos, si ha de ser algo en el mundo.

Cuídase pues en estos estudios de la lectura, la lectura ordinaria y la lectura académica o artística y se parte desde el elemento primario de la lectura o de la declamación, que es la voz humana. Oh y cómo se ha perdido en nuestro México el arte y aun la preceptiva del bien leer. ¿Cuándo en nuestro México se educa lo fundamental de la voz que es la emisión del sonido? Los que nacemos en ciudades, los que pasamos nuestra niñez en lo que se llama vida de recámara, es muy difícil que saquemos ese torrente de voz que con tanta facilidad desarollan los campesinos, y más aún los marineros o que viven en playas marítimas; gritar, gritar muy alto, gritar en diversos tonos, en diversos timbres es un ejercicio rudimentario que si no se hace a tiempo nunca jamás se suple. Qué pena da a veces en nuestros círculos literarios y científicos el ver que piezas muy bien escritas, derroches de talento y de erudición son pronunciadas con voces casi ininteligibles o empañadas o faltas de esa prestancia con la flexibilidad y varonil dulzura que debiera acompañarla. Hay algo en este mundo que se llama vocalización y articulación que

por desgracia se ha reservado únicamente para nuestros conservatorios de Música, hay también el arte de hablar, hay sus "mañas" que bien dispuestas son otras tantas reglas del arte de bien vocalizar y articular.

Cuánto debemos a mi profesor de Retórica que allá en las provincias vascongadas nos hacía subir las montañas del "Itzarraiz" cantando a grito herido para que nuestros jóvenes pulmones se ensanchasen y luego, cuando llegábamos al rompe-olas frente al mar Cantábrico, nos hacía declamar diferentes trozos de buenos autores desafiando los múltiples ruidos del oleaje hasta que llegásemos a ser escuchados perfectamente de nuestros compañeros.

Ni basta haber escrito con elegancia y pronunciar articuladamente una oración, aparte de esto, y sobre todo ello debe acompañar al orador el dominio de su público, debe varonilmente sobreponerse a todos los respetos humanos e inútiles timideces, pésimos compañeros de quien va a enseñar la verdad, a exponer la belleza y hacerla sentir. De ahí la declamación, cuándo es menester y cuánto es menester, de ahí los recursos oratorios, de ahí también esos atrevidos exabruptos de gran efecto que no caen fuera del sentido literario ni del verdadero método humanístico.

¿Cuáles fueron los frutos prácticos de esta educación en la Nueva España? Preguntádselo mejor a la antigua Universidad de México; centro respetable y solemne que proveyó a nuestra tierra y a muchas de Centro América y de Filipinas de abogados y jueces, y médicos y notarios y oficiales reales y de alcaldes mayores a toda esta vida oficial y literaria de la Nueva España y de las hoy Repúblicas de Centro América más las Islas del Golfo y de

las Filipinas; preguntádselo a tanta familia, donde en vez de los desórdenes importados por literaturas extranjeras e insanas filosofías, tenían en el jefe de cada una de ellas un hombre sobrio, morigerado, reposado y de criterio sano; preguntádselo a toda la Nueva España, entonces más que nunca, nuestra y entonces más que nunca, mexicana.

Preguntádselo también a nuestras bibliografías; aun descartando de ellas como debe hacerse honradamente, un montón de hojarasca que no son libros en ningún sentido de la palabra, ni sus autores pretendieron tanto; quedan siempre en favor nuestro, unos ochenta escritores de fuste, de verdaderos libros que en la época colonial tuvieron a México, no digamos pretensiosamente, al nivel de España, pero sí en su conjunto, muy por encima de toda la literatura producida por las naciones jóvenes de este Continente. Nuestras letras humanas florecieron en un Bartolomé de Ledezma, elegante teólogo, honra de los dominicanos, florecieron en más de cincuenta cronistas serios cuyas obras son hoy tan apreciadas hasta pecuniariamente entre los bibliófilos e interesados en nuestros orígenes y primera civilización.

Humanista fué Dávila Padilla, humanista de mucho peso y gran criterio, Remesal y Durán.

Acosta y Torquemada son humanistas de buena cepa, no son ya los sencillos narradores del siglo de oro y a veces aun participaron de los efectos del decadentismo, del churrigueresco literario, fruto no de los estudios clásicos ni del humanismo, tal como lo hemos descrito, sino precisamente, fruto de la desorientación que sufrían los que de este bien trazado y áureo carril se separaban; los verdaderos talentos no incurrieron en él, lo que es tanto más de alabarse cuanto que en ese siglo XVIII eran raros los que no

naufragaban en ese maremagnum de literatura errática, antinatural y viciadísima.

Como lumbrera del siglo XVIII para todos los estudios, pero en particular para la historia, que como hemos visto es hija favorita del humanismo, floreció, nuestro Clavijero, polígrafo y poliglota e investigador quien supo informar los productos de su pluma con un estilo castizo, ordenado, luminoso y perfectamente racional. Sus trabajos como arqueólogo no son ahora de nuestro resorte, adolecían de lo que adolecen los trabajos de muchos de ellos hasta nuestros días, de "delirium sapiens", pero bien escritos sí estaban. Clavijero murió escribiendo en bien cortados endecasílabos una preciosa versión del Kempis que yo recogí en el Archigimnasio de Bolonia.

Más literato, más historiador, más elegante y más teólogo fué el P. Francisco Javier Alegre, tipo del humanista de la Compañía de Jesús en su tiempo, hombre de archivo, de mucha lectura, de carrera perfectamente hecha, habiendo descollado en la Sagrada Teología de la que nos dejó siete preciosos volúmenes. No era poeta, él lo conoció; pero también conoció su poder de versificación en exámetros latinos y se creyó en el deber de legarnos esa magnífica traducción de corte virgiliano que hizo de la "Ilíada" de Homero, la mejor que existe según el criterio del eminente polígrafo Menéndez y Pelayo.

Manero el Cornelio Nepote veracruzano, Landívar genial y pintoresco poeta, gloria de Guatemala cuya región caía entonces dentro de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús. Iturriaga, el profundo teólogo consultado por Clemente XIV. Parreño el bibliófilo, verdadero autor y dueño de los primeros poderosos esfuerzos de la bibliografía nuestra, de quien se apro-

vecharon Eguiara, Beristain y a fortiori los subsiguientes... ¿Mas cuándo acabaría yo esta enumeración que por otra parte es ya tan conocida de mis consocios y fácilmente podréis ver en los manuales de literatura? Pero digo mal, mucho inédito queda en Bolonia, Florencia y Roma, procedente de los Jesuítas expulsados. Para mí, que conozco estos escritos que no son aún del dominio público, son otros tantos testimonios del provecho entonces conseguido. Pero más que las que vemos en personajes particulares, las ventajas de aquel humanismo sano, al que subseguía una filosofía aristotélica, serena y clara, fueron la gran parte que tuvieron en formar y sostener por dos largos siglos una sociedad quieta y tranquila, digna y rica en gran manera, artística y alegre.

Había entonces, gracias en parte al humanismo, paz, había progreso como para aquella época, notable y sólido. Había familias que eran familias y había conciencias y amor en todas partes, había, en otros términos civilización que significa felicidad y dignidad en esta vida como camino que son de la felicidad que sin intermisión ni mudanza ha de durar.

Señores Académicos, señores, sobre LOS ORIGENES DEL HUMANISMO EN MEXICO, he dicho.

MARIANO CUEVAS, S. J.

De licentia Superiorum Ordinis.